

los habían abandonado, comenzaron á consagrarse á las necesidades del país, con constancia, perseverancia y tranquilidad. Los malhechores, que se habían hecho audaces merced á la confusión y al miedo general y á la escasez de tropas, ocupadas en gran parte en el cumplimiento de más sagrados deberes, y campaban por su respeto y como mejor les parecía por campos y ciudades, comprendiendo que con la terminación del cólera las fuerzas militares se emplearían contra ellos con más vigor y decisión, amainaron espontáneamente en sus desafue-ros, con lo cual la seguridad pública experimentó un progreso rápido é inesperado. Finalmente, los soldados mejoraron de situación: de noche podían dormir quietos, y de día comer tranquilamente su pan negro, bañado en el sudor de sus obras de caridad.

Á la manera del convaleciente que, al volver á la vida acostumbrada, con todo se divierte, le alegra y reanima la vista de las personas conocidas y atiende con solicitud y alegría infantil á aquellas mismas ocupaciones que poco antes miraba con descuido ó aversión, de la misma manera los soldados, al salir de aquella vida triste y trabajosa, emprendieron con entusiasmo las ocupaciones del servicio ordinario, y hasta aquellas que antes tenían por más enojosas, las aceptaron como una novedad agradable y casi como una verdadera diversión. Experimentaron, si así puede decirse, una renovación de afectos y de esperanzas, una viva alegría, unapoderosa necesidad de mutua comunicación y de fraternal afecto. En los cuarteles volvieron á oírse los cantares, los gritos y aquel rumor lleno de vida que hacía tanto tiempo había extinguido: todo cambió: revivió todo.

Sin embargo, para formarse idea exacta del espíritu del soldado en aquellos días, era menester penetrar en los hospitales de convalecientes, en los cuales la tranquilidad y el

silencio dejaban libre curso á los pensamientos y á los recuerdos.

Penetremos, pues, en uno de ellos, un momento siquiera, para dar el último adiós á nuestros valientes y honrados soldados.

A fines de Septiembre de aquel año, un soldado del 9.º de infantería escribióme una carta desde Catania, rogándome que dijera en un periódico militar lo que en su obsequio y en el de sus compañeros habían hecho los oficiales de su regimiento. Había estado enfermo del cólera, hallábase casi del todo restablecido, y escribía desde un convento, convertido por su coronel en hospital para convalecientes, en el cual se hallaba hacía muy cerca de un mes. «...Y aquí nos encontramos,—dice la carta,—después de tantos riesgos y de tantas desgracias, vivos y casi sanos por un milagro de Dios.» Seguía á esto una larga descripción del convento, situado sobre una suave colina, y rodeado de jardines en los cuales los convalecientes podían solazarse, con un patio espacioso lleno de árboles frondosísimos, bajo cuya fresca sombra solían pasar una gran parte del día paseando, leyendo ó jugando á las damas con piedrezuelas. Añadía á lo dicho que cada uno de ellos disponía de una pequeña celda á plan terreno, cuya ventana abría encima del jardín, que en la suya la hiedra se había enredado en la reja y que por los huecos de ella penetraban en el interior las ramas de un arbusto. «Disponemos,—decía,—de un blando lecho, de una mesa, de dos sillas, y tal estamos, que hemos cobrado afecto á nuestro aposentillo, cual si se tratara de nuestra propia casa, tanto que en el mío todo está limpio, aseado y cuidado con tanto esmero y diligencia como si á ello atendiera una mujer hacendosa y amante de la casa y de la familia.» Hablábame luego de la comida, que era exquisita, y se deshacía en elogios, alabanzas y manifestaciones de gratitud respecto del director del hospital. «Importa decirlo: estamos tratados á cuerpo de rey. Y para que usted

lo vea: carne mañana y tarde, un caldo muy sustancioso, y para colmo de ello un vinillo como unas candelas. En suma, que pedir más sería gollería. Dado que quiera usted decir algo en los periódicos de lo que le tengo manifestado, hágame usted el favor de publicar los nombres de aquellos á quienes somos deudores de todo. Son el teniente coronel Crose y el capitán Mirto, directores del hospital; y además el doctor Longhi, que ha hecho por los soldados cuanto humanamente se puede hacer, y le estamos tan agradecidos que no sé cómo decirlo.» Describía luego los grupos de los convalecientes sentados á la sombra de los árboles en el patio, pálidos, demudados, con los ojos hundidos, hablando de los sucesos acaecidos, de los peligros experimentados, de los males sufridos, y consolándose con el recuerdo de las familias, de las cuales se hallaban separados por gran distancia y que tarde ó temprano volverían á ver, «y con qué satisfacción,—añadía,—puede usted comprenderlo, después de tanto tiempo, de tantas peripecias, de una epidemia de esta naturaleza.»

En aquella carta, escrita con tanta sencillez é ingenio saboreé, si así puede decirse, la tranquilidad plácida y serena que debía reinar en aquel silencioso recinto; y la vez primera que en ella puse los ojos, parecióme contemplar aquellos rostros demacrados y escuchar aquellas voces tenues y debilitadas.

Todos los días, á una hora determinada, iban los oficiales al convento para visitar á los soldados de sus respectivas compañías. Aquello era una verdadera fiesta. Veíase entonces á aquellos muchachos ponerse en pie apresuradamente, llevar á la frente la mano demacrada y responder á las preguntas cariñosas de sus oficiales, manifestándoles la íntima gratitud de que se hallaban poseídos por medio de sonrisas en las cuales se mezclaban y confundían el respeto y la estimación...

Así terminaba la carta de mi buen soldado, y así termino

yo contemplando con los ojos de la imaginación aquella sonrisa de gratitud que me conmueve y me enajena.

El cólera del sesenta y siete fué para el ejército, lo mismo que para el pueblo, una desventura inmensa; pero, por fortuna, no sin fruto.

El ejército se acostumbró más y más á la disciplina, cuyas ventajas pudo apreciar por sí mismo. El modo es fácil comprenderlo después de lo que llevamos dicho. Hasta para aquellos soldados que tenían la disciplina por insoportable, sea porque, indóciles y testarudos por naturaleza, ó porque, privados de todo sentimiento de patria y de nacionalidad, é incapaces de darse cuenta, no sólo de la necesidad del rigor militar, sino también de la del ejército; hasta para dichos soldados, repito, en medio de las desventuras que el cólera trajo consigo, la disciplina se despojó de todo cuanto tenía de odioso é insoportable y revistió un nuevo aspecto. Naturalmente hasta los más romos de mollera, viendo cuánto había de noble y generoso en los trabajos que se hacían y en los sufrimientos que se soportaban en pro de la salud pública, pudieron comprender que si en lugar de ser soldados unidos y sujetos á una misma disciplina, hubiesen sido campesinos ó trabajadores libres y divididos, todos ó casi todos habrían probablemente evitado todo peligro ó todo trabajo, y proveído cada uno por sí y aisladamente á la propia salvación. Comprendían, por consiguiente, que una parte del mérito de su nobilísima tarea no les correspondía á ellos, y tácitamente la referían á aquella disciplina, las fatales consecuencias de cuya falta en las demás clases sociales tocaban y experimentaban diariamente por vista de ojos. A medida que se daban cuenta del conjunto de todas aquellas leyes y de todas aquellas prácticas, que al principio solían mirar como carga inútil y rigor inconsiderado; á medida que, en cierto modo, veían surgir de ella los efectos que habían producido por sus propias

manos, y viéndolos los admiraban y se sentían orgullosos de los mismos, iban formando un concepto justo y exacto de la disciplina, y se resignaban á ella como á una necesidad saludable y provechosa. Sin esto, la familiaridad, la fraternidad que engendra y rápidamente se desarrolla entre jefes y subordinados, la aparición de grandes peligros y grandes desventuras comunes á todos, había hecho comprender hasta á los más obtusos y á los más perversos que si en las situaciones de la vida ordinaria existe entre unos y otros una separación profunda y necesaria, no proviene en manera alguna del propósito espontáneo y decidido de todos y cada uno de los oficiales, sino que es hija de una convención, de una norma general, dictada por las exigencias de la disciplina, y por intuición y por experiencia, reconocida por todos necesaria é indispensable.

Esto comprendido, debían por fuerza y naturalmente desaparecer todos aquellos sentimientos de rencor y animadversión, que en el ánimo de los soldados testarudos suelen apacentarse contra sus oficiales austeros é inexorables, sentimientos que, por punto general, son hijos de un amor propio mal entendido, y alientan el temor y la desconfianza. Pues bien: esos sentimientos, si existían, desaparecieron completamente. En presencia del continuado espectáculo de las desventuras, en medio de aquella solemne unanimidad de afectos y de voluntades, no hubo quién no comprendiera con toda exactitud cuánto se encierra de miserable é interesado en los odios y resentimientos personales, y espontáneamente, sin esfuerzo alguno, sin necesidad de combatirlos, los que de ellos se hallaban contaminados, vieron que habían huído de sus corazones. Sin esto, durante mucho tiempo, habían sido de tal naturaleza las operaciones y los trabajos de los soldados, que las órdenes de los superiores venían á confundirse, no sólo en la sustancia, sino también en la forma, con los más rudimentarios preceptos religiosos que habían todos y cada uno de

ellos aprendido de labios de sus madres en los años más tiernos de su infancia. Discursos hubo, dirigidos por los oficiales á sus soldados, que habrían podido ser pronunciados palabra por palabra, desde el púlpito, por el más místico y caritativo de los oradores sagrados; y órdenes del día se dictaron por los coroneles, que materialmente parecían tomadas á la letra del libro de los Evangelios. Esto sentado, no era posible que ni aun los soldados más taciturnos y desprovistos de cultura se rebelaran contra las órdenes de sus superiores, ó dudaran de la rectitud que las dictaba, ó discutieran su oportunidad, ó desconocieran el deber de la obediencia. De aquí que al cabo de muy poco tiempo el sentimiento de la disciplina se hubiese subordinado, si así puede decirse, al de la religión, de manera que lo que se habría hecho de mal grado en virtud del deber, hacíase con la mejor gana á impulso de la caridad. Por otra parte la solicitud afectuosa que mostraron constantemente los oficiales para con los soldados, visitándoles en los hospitales, socorriéndoles de su propio bolsillo, animándoles, aconsejándoles, protegiéndoles, habían influído poderosamente para que los sentimientos de la gratitud y del deber se compenetraran y confundieran en su corazón hasta tal punto, que ni la idea podían concebir de que en caso alguno pudieran dividirse ó contrariarse. Entendida la disciplina por lo que es y por lo que debe ser, conocidos los principios de que proviene y que le sirven de fundamento, y con ellos los fines á que se dirige y los resultados que alcanza, hasta el soldado de más corto juicio, abarca en conjunto y en toda su extensión el inmenso edificio del ejército; comprende el admirable mecanismo y la armonía de las fuerzas que le rigen, conoce que son base y cimiento del mismo los más dulces afectos de la familia y las sacrosantas leyes de la religión, y al paso que contempla su elevación y grandeza, lo ve iluminado por fulgentes resplandores, y crecer y elevarse hasta un punto al cual no pueden alcanzar las declamaciones de los filósofos y las diatribas de la plebe. Tal es

el efecto que produjo en los soldados, tal la manera como se fortaleció la disciplina.

¿Y respecto del país?

La prueba más convincente del efecto que produjo en el país la incomparable conducta del ejército, la ha dado el pueblo siciliano á fines del año 67, y la ha repetido hace poco tiempo dando con ello al ejército y á Italia el testimonio más elocuente que pudiera desearse.—Nos referimos al admirable resultado de la leva.—Sí, aquel pueblo lleno de ardimiento, de fuego y de entusiasmo sólo puede producir bravos soldados.

¿Y en cuánto al soldado, qué premio obtuvo?

Una noche después de la lista nocturna, el sargento les leyó la orden del día dictada por el coronel, en la cual se leían estas palabras:—¡Has cumplido con tu deber!

UNA MEDALLA

Y siempre he de estar viendo aquel semblante reconcentrado y aquella torva mirada.—Así discurría, cierto día un capitán, después de haber pasado la revista á su compañía.—Quisiera saber por qué. ¿Qué le hecho yo, para que así me mire?

Al expresarse en tales términos se refería á un soldado de los Abruzos que durante la revista le había estado mirando de través.

Hombres hay de carácter retraído, altanero, rudo, en los cuales el amor propio reviste un aspecto tan vivo y sombrío, que en la sonrisa más insignificante ven una burla, un insulto en la palabra más inocente, en toda persona un enemigo. La verdad es que siendo en el fondo su índole buena y afectuosa, parecen y se les juzga soberbios y hasta malvados. Concentrados en sí mismos por la desconfianza ingénita que los hombres les inspiran; no sienten afecto alguno espontáneo; no son nunca los primeros en abrir su corazón; pero en el instante mismo en que comprenden que han logrado inspirar un afecto corresponden á él con toda su alma, con toda la efusión de su pecho, tanto más intensa cuanto que sólo raras veces la conceden. Si les da por la aversión y el tedio son tenaces y obstinados hasta lo inverosímil; pero no es que sientan